



## El papel de la vida

---

Era el día, era la hora. Mi madre terminaba de trazarme la raya en el pelo, la colonia abundante, una toallita para limpiar las rodillas y un poco de esa saliva amorosa para borrar los restos de lagañas y ... de camino para el colegio. La cartera de cuero, duro, negro como el carbón, aunque reluciente como un espejo. En su interior un tesoro, mi plumier de dos pisos, relleno con sus colores “Alpino”, la goma de borrar y el sacapuntas; al fondo, una libreta rayada y nada más; bueno sí, un poco de pan con aceite y una onza de chocolate, todo envuelto en una hoja de periódico, del “ABC”.

Aunque lo verdaderamente importante no estaba dentro de la cartera, lo llevaba en mi interior, ahí estaba mi “libro de la vida”, blanco, inmaculado, sin casi nada escrito; poca cosa había pasado en mi vida, recuerdos muy vagos de una incipiente infancia reducida a la casa, la calle y la familia. Ahora había llegado el momento de empezar a escribir, a llenar sus páginas con las experiencias vitales que se iban a acelerar, a ser el protagonista de mi existencia.

Recuerdo el color níveo del papel “barba”, el olor a imprenta y el ruido metálico que producía al agitarlo; al iniciar un trazo sobre él, se iba perfilando un surco que nunca se podía eliminar, al borrarlo siempre quedaba una marca, una señal de lo hecho, un mapa del camino trazado. Así comencé mi vida en el Colegio, como una hoja en blanco, limpia, sin mácula, donde se iban a escribir los principios intelectuales y morales sobre los que edificaría mi personalidad. Cada trazo, cada punto, cada borrón dejaron una huella indeleble para la forja de mi carácter, de mi manera de entender la amistad, el respeto, la disciplina, la ciencia, la religión, el amor... todo aquello que conforma, para bien y para mal, a un individuo.

A menudo busco pasar por la puerta del Colegio; y no lo hago por casualidad, lo hago porque me gusta escuchar la algarabía de los niños en el patio, porque me gusta rememorar a los que ya no están, a aquellos que dejaron sus marcas en mi hoja de la vida y que, aunque su pérdida los ha querido borrar, no ha podido hacerlos desaparecer y continúan perceptibles en mi libro vital. Busco la puerta entreabierto del patio, me acerco disimuladamente y me asomo al interior, entonces se desatan mis recuerdos adolescentes, inolvidables, una terapia mágica que me devuelve a un estado de inocente felicidad; el olor de los efluvios de la tinta al abrir el tintero, el tacto rasposo del borde del sacapuntas, el sabor áspero de la goma de borrar, la atracción de ojear las láminas coloreadas de un libro nuevo, el escuchar el sonido rasgado del plumín deslizándose por el papel.



Recuerdo el pantalón corto, las zapatillas de la “Tórtola”, un balón de plástico, unas canicas, una peonza y una “bamba” de la tienda de Silvestre. Que poco se necesitaba para ser feliz.

Muchos personajes pasaron allí por mi vida y todos me dejaron una marca, cierto es que unos con surcos más profundos que otros; unos con trazos de agradable relectura y otros con rasgos que intenté borrar; pero todos quedaron, los unos y los otros, para bien y para mal; la vida se conforma así, se van mezclando circunstancias, personajes, vivencias y experiencias heterogéneas hasta conseguir fusionarlas en un batido homogéneo, donde ya nada se pueden discriminar y es difícil personalizar quien y qué forma parte de nuestro combinado final.

Existimos mientras mantenemos nuestros recuerdos y sólo hasta que se nos deja de recordar. Es una suerte poder volver la vista atrás, a mi pasado en los “Padres”, allí fui feliz.

Vicente Baus Berenguer